

*en presencia de todo este pueblo viniese ahora a dar un público testimonio de la impiedad y de la injusticia que cometeis persiguiendo con tanto furor a los Cristianos.»*

Enfurecido Diocleciano, mandó que le llevasen al circo, y que allí fuese públicamente apaleado hasta que espirase. Así se ejecutó; y con este cruel suplicio pasó su alma a recibir en el cielo la corona del martirio el día 20 de Enero, hacia el año de 288.

He aquí un héroe dos veces mártir. Despreciador de todo lo terreno de los placeres, de las riquezas, de los honores, y de su propia vida mil veces, cuando llegó la hora de probar con hechos que sólo Dios era el tesoro de su alma lo probó doblemente amarrado al árbol en que fué asaeteado por sus mismos soldados y después en el circo en donde por fin recibió la corona de su doble martirio.

Ahora bien, mis amados hermanos, al testimonio de vuestras honradas conciencias apelo y os pregunto: ¿ideas que se defienden con tanto tesón y generosidad tanta podrá ser que no triunfen y no arraiguen en la sociedad que para su gloria pueda ostentar la historia de tales hombres? ¿No son estos los hombres que había predicho, con la seguridad de la visión del Hijo de Dios vivo, nuestro divino Maestro? Sí, sí, mis amados hermanos. Nuestros gloriosos mártires no son como los hombres que por alucinación, o por soberbia, o por fanatismo, o por ignorancia, o por fuerza van a la muerte. No, no, ellos va a la muerte serenos, con la firmeza del que sabe a donde va, con alegría; porque saben que morir por Cristo es pagar agradecidos y asegurar la vida eterna. *Ibant apostoli gaudentes a conspectu Concilii quoniam digni habití sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* Y ¡qué tormentos! «Apenas pueden soportar semejantes tormentos los ladrones de caminos o los hombres de una fuerza poco común, sin que el dolor les arranque grandes quejidos; al paso que los niños y las vírgenes cristianas los sobrellevan en silencio, y ni aun el fuego más intenso era capaz de arrancarles un quejido.»

¡Los niños y las vírgenes! ¡Oh héroes singulares! Gloriosas preesas arrancadas a la flaqueza humana, en general avalorada por la natural timidez de la edad y del sexo. ¿Quién si no la Iglesia puede ostentar estos inmarcesibles frutos del más admirable espíritu religioso? Estos mártires no son fruto de la embriaguez del fanatismo. La fortaleza de los héroes cristianos, por otra parte, es universal, no es como el fanatismo enfermedad de un lugar, que se localiza, es de todo el mundo. No son tampoco nuestros mártires hombres que se muestran indiferentes, arrogantes y fríos como los estóicos; no son insensibles al amor, a las penas, a los lazos de la carne, de la sangre, de la amistad, es que todos estos efectos son superados por la caridad divina. «El fanático se precipita locamente en busca de los peligros por vanos fantasmas de su imaginación; los mártires mueren por hechos auténticamente comprobados y dicen como los Apóstoles:— Estamos obligados a confesar lo que hemos visto y lo que hemos oído.—»

Los mártires resistieron una época de dos siglos y medio, desde el año 64, fecha en que Nerón decretó la primera persecución, hasta el 305, diecisiete años después de la muerte de S. Sebastián, que fué cuando terminó la décima persecución decretada por Diocleciano. Sin que esto quiera decir que haya un solo siglo de la Iglesia que no haya sido la tierra regada con la sangre de los mártires de Cristo. Y persevera el mártir apesar de la soledad, de la miseria, de la deshonra, del desprecio y de la seguridad de ser enteramente desconocido de los hombres.

Los mártires de Cristo, en una palabra, nada buscan de este mundo y triunfan muriendo por amor de Dios y de los prójimos; los mártires de las demás ideas y religiones mueren y triunfan matando, por esto el triunfo de tales héroes humanos lleva en sí el triunfo de la muerte, mientras que la victoria de los mártires de Cristo va siempre circundada con esplendores de vida eterna.

Luego queda evidentemente demostrado que nuestros mártires son los grandes sostenedores, defensores y propagadores de nuestra santa fe, como dijimos en la tesis: «La vida de S. Sebastián nos confirma la verdad de que la Iglesia triunfa sobre sus enemigos con la sangre de sus propios hijos.» Así lo ha creído siempre la Iglesia y así lo ha confesado por boca de Tertuliano cuando decía: «A tormentadnos, martirizadnos, crucificadnos, quemadnos, aumentamos a medida que nos destruí. La sangre de los mártires es semilla de los cristianos.»